



*Jean Paul Sartre*

el hueco dejado por la vacancia de Dios. Sobre esta vacuidad se monta un aparato de conocimiento, dialéctico, que intenta dar cuenta de aquel movimiento continuo.

El sujeto histórico del existencialismo es aquel que intenta rendir cuenta de lo que hace en la historia por medio de un discurso absoluto que cada hombre es para sí mismo en el seno de lo relativo. Es un deber ontológico del hombre: tener ser para dar sentido al ser, aun a sabiendas que este sentido es la plenitud de un hueco incolmable. Esto hace de todo presente una radical incertidumbre y de toda filosofía una tristeza. ¿Cuánto hace que Goethe nos viene repitiendo que *sólo al hombre pertenece lo imposible*, que si tenemos algún patrimonio, nosotros, los desheredados del Jardín, es nuestra imposibilidad?

No hay garantías en la historia, ni siquiera la garantía de unidad por excelencia, escondida detrás de las conciencias individuales, que los sacerdotes nos prometían con Dios y los filósofos con la razón. No hay tal razón y sus astucias son chapuzas. La acción humana es una libertad robada por las libertades de los otros, somos sujetos que los demás manejan como objetos según sus propias categorías de libertad.

No hay tampoco verdad, ya que ésta reclama el carácter de eterna y en el devenir la eternidad no es sino el reverso paródico de lo efímero. Innecesario y falaz, este mundo sólo puede legitimarse por un acuerdo de los hombres que se reconozcan unos a otros como sujetos y libres. Y es, precisamente, porque no hay verdad ni necesidad que somos libres. De otra forma deberíamos someternos a una objetividad que se definiría como esencial ante la inesencialidad de los hombres, situación que Sartre rehúye etiquetándola de *espíritu de seriedad* y denunciando su presencia en filosofías tan distantes, en apariencia, como el espinosismo y el estalinismo.

El no reconocimiento de la libertad del otro es lo que Sartre llama *la mentira*, que equivale a encerrar la conciencia del otro en una muralla que le veda el acceso al mundo, es decir al proceso común de la historia. He aquí otro punto dramático de la ética sartreana, ya que Sartre ejemplifica la mentira con el sometimiento del individuo al partido, que simplifica el mundo reduciéndolo a una unidad y poniendo la libertad individual en estado de sospecha. Las vivencias individuales desaparecen y el sujeto es tachado y redefinido por la esencia del partido que lo habita con la categoría «objetiva» de miembro del partido. No es un organismo, es un órgano.

El drama se instala por esta vía en la existencia del sujeto Sartre que siempre ha intentado ser un sujeto político sin renunciar a la peculiaridad individual, a hacer política pero sin partido.

En este sentido son muy significativas las páginas que Sartre dedica a la consideración de la violencia. El violento se sacraliza, se considera sujeto por derecho divino, y lo quiere todo de modo inmediato. El universo deja de ser un medio para realizar fines éticos y deviene un obstáculo a destruir. La violencia es incapaz de producir objetos, sólo puede desembarazarse de aquello que oculta a los objetos que persigue. Puro como un cátar, el violento hace de la violencia el fin de sí misma y destruir es bueno en tanto destructivo. Se trata de hacer saltar el orden del mundo o desaparecer con él, evitando el compromiso y el fracaso.

La violencia no acepta la riqueza del mundo, tampoco acepta el violento su carácter de sujeto en medio de otros sujetos, ni el proceso que permite ir de las partes

al todo. En términos existenciales, el violento es una suerte de nonato que no soporta la mirada del otro y al destruir objetos pugna por nacer a la vez que aniquila aquello en que la mirada ajena puede posarse y existir. Si no hay nada que mirar, la mirada carece de virtud. Este doble proceso arrasador convierte al violento en cosa, una más entre las cosas que destruye, a la vez que intenta basar el derecho en el acto de violencia. Si tú me pides pan porque tienes hambre y yo libremente te lo doy, tú y yo nos reconocemos como sujetos de un acto social. Si tú me pides pan y yo te lo niego apelando a la violencia, me cosifico junto a mi pan y te cosifico en tu hambre. Niego tu libertad y te reduzco a mera determinación, a la vez que niego mi libertad al impedirte vivir la tuya. Mi violencia se transforma en una suerte de dato natural de tu sometimiento al determinismo del hambre, a la vez que pierdo mi carácter moral, convirtiéndome en una suerte de bestia poderosa e inocente, pero inhumana.

Destruyendo el juego de las libertades, la violencia destruye, a la vez, toda posibilidad de legalidad, pues la ley nace del acuerdo entre libertades que se reconocen como tales. Esto diferencia la moral sartreana de otras morales que someten la humanidad del hombre al plexo de fines y valores cristalizados en la historia. El fin no se encuentra, sino que se produce libremente, y ello hace que los medios a emplear se queden sometidos a la crítica de la razón moral, lo cual no ocurre cuando la historia sacraliza sus propios objetivos y admite que cualquier medio eficaz es moralmente bueno en virtud de su mera eficacia.

En un mundo de violencia, el ser pierde su diversidad y retorna a una suerte de estado de naturaleza, indiferenciado, de identidad inmediata consigo mismo, sin proceso y sin contradicciones. El ser puro es identificable con la nada, según sabemos desde Hegel. No la nada como hueco óptico, sino la nada como improductividad de la historia, congelación del ser en la inmovilidad de su pureza.

La moral de la violencia hace al hombre inesencial y los medios, indiferentes. A su vez, sublima el esquema hasta una virtud moral: la abnegación. Abnegado es aquel que se ha negado en la ambigüedad de sus libertades para afirmar, en su sitio, el fin impuesto por la objetividad de la causa sacralizante. Los demás también desaparecen como tales: se baten contra él desde la cólera, convirtiéndose en un obstáculo material, o desaparecen desde el miedo, sometiéndose a su jerarquía.

Ante la violencia, los filósofos suelen tomar tres actitudes básicas: considerarla un mal necesario (Camus); considerarla un bien absoluto (Georges Sorel); considerarla un mal absoluto (pacifistas, cristianos en general, Sartre): la violencia es radicalmente perversa porque destruye al otro en mi punto de vista y me destruye en el punto de vista del otro, quitándonos el elemento básico de nuestra humanidad. El otro, sometido a una orden violenta, se convierte en objeto, y el sujeto violento se relaciona consigo mismo, degradando al otro a la categoría de cosa y negándose como sujeto al considerarse sin otro, sin semejante.

Como quedó dicho, Sartre se enfrenta a las concepciones progresistas de la historia, en tanto ellas suponen una inmanencia de la historia misma que se impondría al hombre y éste aceptaría como instrumento de la razón histórica, el espíritu, la lucha de clases o las astucias del inconsciente. El progreso sería una suerte de neutralización de la historia que convertiría el devenir en un cierto *curso natural* de los hechos,